

De migrantes temporales a asentados. Presencia de población indígena de la Montaña guerrerense en la región centro-oriente de Morelos

Adriana Saldaña Ramírez*

El estado de Morelos ha sido un polo de atracción de población oriunda de entidades vecinas debido a su importante dinámica económica tanto en el sector servicios como en el agrícola. Diferentes labores en este último, en particular las cosechas, han sido desarrolladas por mestizos e indígenas provenientes de Guerrero, Oaxaca y Puebla, que en las décadas de 1960 y 1970 permanecían de manera temporal, mientras había trabajo. A partir de 1980, y en especial durante la primera década del siglo **xxi**, se presentaron significativos procesos de asentamiento de trabajadores y sus familias, los cuales fundaron nuevas localidades alrededor de regiones agrícolas y desencadenaron una diversificación étnica de las mismas. Cabe destacar que, a pesar de este reciente fenómeno de asentamiento, los flujos migratorios temporales no han desaparecido ni disminuido en importancia.

Si revisamos el *Censo de Población y Vivienda 2010* en relación con la variable de “lengua indígena”¹ en población de tres años y más en Morelos, encontramos que en la entidad el grupo étnico más numeroso es el de los nahuas, de los que difícilmente se puede discernir entre los nativos y los inmigrantes. Sin embargo, resulta interesante destacar que el segundo y tercer lugar lo ocupan quienes hablan lenguas mixtecas (5 547) y tlapaneco (1 531) (Sánchez, 2014; *Síntesis...*, 2010). Éstos corresponden a los asentados y a segundas y terceras generaciones ya nacidas en Morelos que continúan hablando su lengua materna. El objetivo de este artículo es reflexionar sobre esos procesos de asentamiento a la luz de una investigación realizada en poblaciones nahuas y mixtecas originarias de la Montaña de Guerrero en la zona de Tenextepango, dentro de la región centro-oriente de Morelos, y las relaciones establecidas entre éstas y los nativos mestizos.

La llegada de los jornaleros agrícolas a Tenextepango

La región centro-oriente de Morelos ha sido el lugar de recepción de jornaleros indígenas provenientes de la Mixteca oaxaqueña y poblana, así como de la Montaña de Guerrero, que laboraban de larga data en la zafra cañera. Sin embargo, la introducción de nuevos cultivos a mediados del siglo **xx** generó una mayor demanda de trabajadores que llegaron de las mismas regiones que los cosechadores de caña de azúcar, pero de diferentes localidades (Sánchez, 2003).

En el ejido de Tenextepango, ubicado a pocos kilómetros de la ciudad de Cuautla, bodegueros de La Merced, en la ciudad de México, introdujeron un conjunto de hortalizas frescas en la

* Profesora-investigadora, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Morelos (adrianasr_99@yahoo.com).

¹ La *Síntesis metodológica y conceptual del Censo de Población y Vivienda 2010* define el concepto de “lengua indígena” como el “conjunto de idiomas que históricamente son herencia de las diversas etnias indígenas del continente americano”.

década de 1950, entre las que sobresalió el ejote verde a partir de créditos otorgados a los ejidatarios, en una modalidad de “compra de cosecha por adelantado”.² Esto se dio en el marco del proceso de “modernización” del campo, cuyo objetivo era la introducción de nuevos cultivos acompañados de la aplicación de paquetes tecnológicos *ad hoc* basados en los adelantos científicos de la llamada “revolución verde” para incrementar la productividad, abastecer a las ciudades en constante crecimiento y sostener el proceso de industrialización del país (Rubio, 2001: 32, 35; Warman, 1978).

Los ejidatarios tenextepanguenses iniciaron el cultivo de ejote en sus tierras, donde antes sembraban caña de azúcar para los ingenios de la región.³ La reconversión productiva fue alentada por los distintos problemas de organización de los ingenios y la fijación del precio de la caña, que les impedía obtener ganancias.

La producción de ejote generó una demanda significativa de trabajadores, en especial durante la cosecha, en la que se necesitan cuadrillas numerosas que la realicen de manera puntual. Los habitantes originarios de la zona que trabajaban como jornaleros agrícolas resultaron insuficientes, pues poco a poco se incorporaron a tareas del sector terciario. Por tal motivo, casi desde el inicio se contrató a población migrante, que los productores contactaban en el mercado viejo de Cuautla, donde según Astorga (1978: 110) a diario se juntaban entre dos mil y cuatro mil trabajadores.

Entre las década de 1960 y 1970 la superficie sembrada y el rendimiento de la producción ejotera se triplicaron. Para asegurar la presencia de sus trabajadores, los productores alentaron la llegada directa de éstos hasta Tenextepango, y se les dio permiso para establecerse durante el periodo laboral en alguna parcela no sembrada o en los patios de sus casas. Allí los jornaleros y sus familias solían construir casas con materiales de desecho, conocidas como “casitas de basura”.

Si bien estos primeros jornaleros en Tenextepango llegaron de la Mixteca oaxaqueña y poblana, pronto la Montaña de Guerrero se posicionó como la fuente más importante de abastecimiento de mano de obra,

² El primer crédito fue la entrega de semillas; progresivamente integraron los agroquímicos y dinero en efectivo. El trato era que el bodeguero daba alguno de estos “apoyos” al ejidatario con el compromiso de que, al realizar la cosecha, el total de la producción le fuera entregada para su venta. En ese momento el bodeguero descontaba el crédito otorgado. Estos mecanismos siguen funcionando hoy en día.

³ Los ejidatarios de Tenextepango eran pequeños productores que solían contar con parcelas de temporal (entre dos y tres hectáreas) y de riego (entre una y dos hectáreas).

fundamentalmente de indígenas nahuas y mixtecos. Los municipios que más aportaron trabajadores fueron Atlixac, Chilapa de Álvarez, Copanatoyac, Metlatónoc, Tlaxiactaquilla de Maldonado y Tlapa de Comonfort.⁴

Durante este periodo, el perfil típico del trabajador era el de jornalero-campesino. Es decir, los trabajadores migratorios llegaban a Tenextepango para contratarse en la cosecha de ejote de noviembre a mayo, y al terminar regresaban a su comunidad para seguir con la siembra de su milpa y otras actividades agropecuarias de subsistencia, con una marcada estacionalidad, entre junio y octubre (Sánchez, 2006; *Migrar...*, s.f.: 13). Se debe señalar que para las comunidades montaÑeras tratadas en este artículo la búsqueda de trabajo en otras regiones era una práctica previa, pues entre las décadas de 1940 y 1950 ya se dirigían a otros lugares dentro del mismo Guerrero y algunos estados colindantes.

Inicio del proceso de asentamiento

En la década de 1980, un número importante de familias jornaleras que llegaba temporalmente a Tenextepango comenzó un proceso progresivo de asentamiento que nutrió de pobladores al casco urbano de la localidad y formó espacios de colonización en torno a la misma.

El fenómeno del asentamiento de jornaleros originarios del sur del país en regiones agrícolas de Sinaloa y Baja California, donde la agricultura está en manos de grandes empresas que dirigen su producto al mercado internacional, ha sido analizado ya por diferentes autores (Lara *et al.*, 2014; Zolniski, 2011; Coubés *et al.*, 2009). Las reestructuraciones productivas en esa región del país incrementaron de manera importante la demanda de trabajo, lo cual ha influido en los circuitos migratorios y generado nuevas zonas de asentamiento (Lara *et al.*, 2014). Ante esto, los asentamientos de trabajadores agrícolas en Tenextepango son un caso particular e interesante, pues allí se desarrolla la agricultura comercial que dirige su producto al mercado nacional, mantenida por pequeños productores que en esencia no han cambiado su forma de producir casi desde la introducción del ejote. Así, resulta interesante explicar las razones que llevaron a que jornaleros, en otro momento temporales, se hayan quedado a residir en la zona, pues a diferencia del noroeste no se ha experimentado una reestructuración productiva.

⁴ De acuerdo con Sánchez (2006), los flujos migratorios de esos municipios se consolidaron por la operación de intermediarios laborales originarios de las mismas comunidades que los trabajadores.

En Tenextepango hubo un aumento relativo de la demanda de jornaleros estacionales, provocado por una reconversión de la producción agrícola basada en el cultivo y la cosecha de ejote, la cual al principio influyó en la llegada de los montañeros entre los meses de noviembre y mayo. Este proceso de reconversión productiva se diversificó en la década de 1980, cuando los bodegueros de la ciudad de México, que ya se encontraban presentes en la región, impulsaron la producción de elote para sus puntos de venta en los meses restantes. Al mismo tiempo alentaron la producción de ejote en el valle del Mezquital, Hidalgo, entre los meses de abril y octubre, para complementar la que se desarrollaba en Morelos.

Esto representó para los jornaleros la oportunidad de emplearse más allá de la temporada invernal, pues al terminar podían permanecer en Morelos para la cosecha de elote o seguir las cosechas de ejote en Hidalgo, ya que el acceso a esos mercados de trabajo se dio a partir de los intermediarios laborales que operaban en Tenextepango. Permanecer allí les permitía conseguir un lugar en alguna cuadrilla; asimismo, la oportunidad de acceder a diferentes mercados de trabajo desde Tenextepango resultó determinante en su decisión de asentarse.

Las familias jornaleras compraron las tierras de temporal de los ejidatarios, que poco a poco dejaron de sembrarlas para abocarse a la producción de hortalizas comerciales durante todo el año en sus parcelas con infraestructura de riego. Estas tierras se ubicaban alrededor de Tenextepango, en las faldas de los cerros y en las lomas cercanas.

Procesos de degradación de las condiciones de vida en la Montaña de Guerrero

Cabe decir que no se puede entender este proceso de asentamiento si no se observa lo que sucedía en la década de 1980 en las comunidades de origen en Guerrero. El Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan (*Migrar...*, s.f.) señala que en esta década el número de familias que buscó laborar fuera de la región se incrementó respecto a años anteriores. Entonces se consolidaron las migraciones por la ruta del Pacífico, al mismo tiempo que a los destinos tradicionales, como lo era Morelos.

De acuerdo con los testimonios recabados durante el trabajo de campo, la crisis de la agricultura maicera

de subsistencia por razones económicas, políticas y ambientales se identifica como detonante de la decisión de asentarse. La agricultura en sus pequeñas parcelas cada vez daba menos para abastecer al grupo doméstico completo. En las entrevistas se enfatizaba en los costos elevados de los insumos, sobre todo fertilizantes y plaguicidas, la lejanía de las tierras respecto a las comunidades y las malas condiciones climáticas, que hacían más difícil sostenerla ante las escasas lluvias. “Antes chambeaban e iban, chambeaban e iban. Venimos para Morelos porque cuando aquí hay trabajo y estábamos trabajando, pues allá, en Guerrero no: allá puro maíz” (testimonio de MA, La Joya, 2011).

Otros factores significativos fueron la degradación de sus recursos naturales, la violencia generada por conflictos entre los pueblos y el narcotráfico: “En esta calle todos somos de Guerrero. Allá, en Guerrero, hay un chingo de peligro; se matan solos y aquí está bien tranquilo, sólo batallamos un poquito por el lodo cuando llueve y ya” (testimonio de JC, Tenextepango, 2012).

Inserción residencial en Tenextepango

Los primeros asentamientos de jornaleros agrícolas migrantes se dieron en la década de 1980, pero han visto un crecimiento exponencial en la última década, ya que hubo un incremento en el número de éstos y la población total en ellos. De acuerdo con Martínez (2005), las colonias Constancio Farfán (La Pascuala) y Buenavista fueron los primeros asentamientos, fundados hace más o menos 25 o 30 años.⁵ Otras, las más recientes, se fundaron en la segunda mitad de la década de 1990, como Loma Bonita, Ampliación Tenextepango, El Cerro Olinche, Las Lumbreras, Valle de Morelos (antes La Longaniza) y La Joya. Mención aparte merece Leopoldo Heredia, una colonia agrícola militar⁶ que ya existía en 1930 con otro nombre, pero que al ser contigua a Tenextepango ha visto crecer a su población desde el inicio del asentamiento de los otrora migrantes temporales.

Los casos de las colonias Loma Bonita y Valle de Morelos son una muestra de esta dinámica. La primera contaba en el año 2000 con una población de 131 habitantes, la cual aumentó a 469 en tan sólo 10 años. Tal vez el caso más impactante sea el de Valle de Morelos, pues en el mismo periodo pasó de 59 personas a 510

⁵ Esto coincide con lo encontrado en la investigación sobre la colonia Buenavista, fundada por una familia nativa en 1966, aunque más adelante vio crecer su población con inmigrantes.

⁶ Este tipo de colonias fueron entregadas por el gobierno del doctor José G. Parres a los veteranos zapatistas (Anaya, 2010: 30).

(*Síntesis...*). Cada una de las colonias está conformada tanto por migrantes indígenas y mestizos como por población nativa que ya no alcanzó lugar en el núcleo urbano de Tenextepango. En cuanto a la población indígena, se encuentran nahuas y mixtecos, y por lo general uno u otro grupo de hablantes tiene una mayor representación en cada colonia; por ejemplo, Loma Bonita y Valle de Morelos son asentamientos nahuas, mientras que La Joya es claramente mixteco.

Esta situación llevó a que las autoridades municipales reconocieran oficialmente a estas colonias como “comunidades indígenas” en 2010, en el marco de la discusión de la Ley Indígena, cuando se les pidió que las integraran en un catálogo. Esto también constituyó una estrategia del municipio para aplicar recursos de distintos programas de la Sedesol y la CDI, que tienen como objetivo la atención a la población indígena y de muy alta marginación. De esta manera, la autoridad municipal ha satisfecho demandas de infraestructura de los asentados, que no podría atender sólo con sus presupuestos.

Nahuas, mixtecos o mestizos pasaron por un proceso de asentamiento con etapas claramente definidas. Un primer momento, de duración muy variable, se caracteriza por la decisión de asentarse en alguna colonia mediante la renta de un terreno baldío o con alguna construcción en obra negra. Una vez que han hecho algún ahorro significativo, con los ingresos de todos los miembros del grupo doméstico se da el primer pago para un terreno donde levantan alguna construcción precaria (“casitas de basura”). Más adelante, cuando se salda la deuda y tras un largo periodo, se comienza a construir la casa de loza.

Si bien este proceso de asentamiento fue el mismo para todos los inmigrantes, la manera como se vivió fue diferente para mestizos e indígenas. Por lo general, los originarios de la Mixteca oaxaqueña, que no se consideran indígenas porque nunca hablaron mixteco, tuvieron mejores condiciones que los nahuas y mixtecos de Guerrero. Los mixtecos oaxaqueños son más urbanizados y poseen una mayor cercanía cultural con la población nativa, lo cual los ha llevado a ser tratados de mejor manera. En cambio, los nahuas y mixtecos⁷ de Guerrero siempre tuvieron mayores dificultades para rentar algún terreno, pues se les considera “los cochinos” o “los problemáticos”. Así, su inserción residencial se vio afectada por su condición étnica.

⁷ En la jerarquía social de la zona, los mixtecos de Guerrero se ubican en el último peldaño. Esto agudizaba sus problemas para conseguir terrenos en renta.

Es común encontrar testimonios en que los mixtecos refieren que en la primera etapa de asentamiento, la cual corresponde a la de renta, eran visitados constantemente por sus caseros para verificar el terreno y forzarlos a limpiar los patios, e incluso que eran corridos constantemente y obligados a buscar otro lugar para vivir.

Relaciones cotidianas entre nativos e inmigrantes

La presencia más permanente de los inmigrantes representó desafíos para los nativos, que siempre los admitieron en su condición de trabajadores temporales en la estructura económica, ya que desarrollaban las tareas que no eran consideradas propias para los oriundos de Tenextepango. Sin embargo, cuando comenzaron a residir en la localidad, los veían como vecinos molestos que, además de ser sus trabajadores, eran pobres e indígenas. De esta manera fueron recibidos sin mucho entusiasmo por los nativos, que paradójicamente permitieron su asentamiento ante la disposición de la venta de sus terrenos de temporal, que dejaron de tener importancia frente a los de riego, de donde obtenían sus recursos más significativos.

Desde el punto de vista de los nativos, en Tenextepango se recibe bien a los que vienen de Guerrero, Oaxaca y Puebla: “[...] muy bien, aquí nadie los está viendo si son de otros lugares, como en Estados Unidos” (testimonio de MG, Tenextepango, 2012). Sin embargo, siempre existe la percepción de ellos como “cochinos”, “piojosos”, “rateros”, “drogadictos”, “guerreros”, entre otros apelativos que demuestran una estigmatización de los inmigrantes: “En esas colonias, por ejemplo, en La Longaniza [Valle de Morelos] roban mucho porque es gente que desde su pueblo ya vienen maleados” (testimonio de MR, Leopoldo Heredia, 2010).

Las relaciones vecinales se tornan más complejas al cobrar el tinte de relaciones interétnicas, pues los diferentes apelativos dan cuenta de su distancia cultural al mismo tiempo que su estigmatización. Desde su llegada no se observó una segregación social de los inmigrantes; es decir, siempre se integraron a los mismos espacios que los nativos: realizaban sus ceremonias del ciclo de vida en la misma iglesia y capillas, asistían al mismo centro de salud y los niños fueron inscritos en las mismas escuelas, entre otros.

No hubo una segregación social, en el sentido señalado por Palerm (2010) para el caso de mexicanos en California, a partir de disposiciones explícitas de exclusión y de restricción de acceso a escuelas, programas educa-

tivos, servicios religiosos y, en general, lugares públicos. Sin embargo, el hecho de que ahora una gran parte de los inmigrantes viva en las lomas y faldas de los cerros, rodeando Tenextepango, quedó en manos de los locales al vender las tierras de temporal, lo cual resultó en una segregación geoespacial de su asentamiento.

En la vida cotidiana ha existido una convivencia pacífica, pero siempre cargada de tensiones derivada de que los nativos se sienten con la autoridad –por ser “los patrones”, los originarios y mestizos– de regañar o llamar la atención a los inmigrantes. Como ya se comentó, entre los oriundos de Tenextepango existe una percepción diferenciada de los inmigrantes nahuas y los mixtecos de Guerrero, que provoca que los segundos sean más estigmatizados.

Los inmigrantes también tienen algo que decir sobre los nativos, y siempre se refieren a ellos como “envidiosos” y “egoístas”, pues es muy claro para ellos que los consideran invasores. A su vez, los habitantes originarios han quedado en la cadena de producción y comercialización del ejote como productores, al desestimar su participación en otras actividades, y no ven con buenos ojos que los inmigrantes, que inicialmente llegaron como cosechadores, hayan incursionado en actividades que ahora los colocan como productores, “capitanes”, transportistas y “corredores”, pues sus horizontes sociales han ido más allá del campo.

Se molestan porque aquellos, por trabajadores, ya se superaron, pero eso les duele mucho, les da coraje, pues yo trabajé en casas de aquí, pero hay gente que la gente que la vio trapeando casas y ya tiene casa y una Suburban. La gente de aquí se estancó porque se quedó aquí y no soportan eso. Muchos se van al norte, vienen con buenos carros. Les duele porque del puro ejote y del campo se han hecho de éstos, porque además esas familias tienen familia en Estados Unidos que les mandan sus remesas (testimonio de EM, Leopoldo Heredia, 2012).

Las tensiones cotidianas se han agudizado a partir de que la población de las colonias de más reciente creación ha recibido, desde la última década, apoyos para mejorar la infraestructura de sus colonias y sus casas, ya que los nativos reclaman su derecho de acceso a los mismos por ser originarios. La jefa de Asuntos Indígenas en el periodo 2009-2012 señaló de manera contundente el recelo de la población local contra los inmigrantes, básicamente originado por la operación de ciertos programas. Incluso entre los propios funcio-

narios del ayuntamiento se han presentado reclamos debido a la situación creada. Esto ha sido considerado por las autoridades locales como un precio que hay que pagar, si bien no asumen la responsabilidad de generar otro tipo de dinámicas que difundan información sobre la diversidad cultural en su municipio.

Nuevos patrones migratorios

Durante la última década estos inmigrantes han tomado sus nuevos asentamientos como punto de partida hacia otras regiones agrícolas más dinámicas en el noroeste del país. Por ejemplo, es notorio el crecimiento de la migración a Sinaloa para la cosecha de hortalizas de exportación. Otros destinos importantes son Jalisco, Sonora y Chihuahua, que han dado lugar a un nuevo patrón de migración-asentamiento-migración. Si bien algunos han dejado de desplazarse para permanecer en Tenextepango porque se insertan en empleos como la albañilería, el servicio doméstico y el pequeño comercio, alternados con el jornaleo agrícola, la gran mayoría sigue sus rutas migratorias teniendo a Tenextepango como punto de partida y retorno.

Reflexiones finales

En este artículo se ha mostrado el proceso de asentamiento en Morelos de población indígena oriunda de diferentes localidades de la Montaña de Guerrero, el cual obedece a un claro proceso de proletarianización de un amplio sector del campesinado, escenario que se repite en otras regiones del país. Esto responde a la degradación de las condiciones de vida en los lugares de origen, lo cual ocurre en gran medida por la crisis de la agricultura maicera de subsistencia, mientras que otras regiones de agricultura comercial, principalmente orientadas a la exportación, son sumamente dinámicas.

En este contexto se deben entender los asentamientos de miles de familias jornaleras indígenas fuera de sus lugares de origen, pues, como ha señalado Sánchez (2014), diversas presiones los han obligado a expandir sus espacios de vida más allá de sus comunidades de origen y a interactuar con otros grupos que son diferentes en lo social y lo cultural.

Estos asentamientos son espacios de contacto interétnico entre población migrante indígena y mestiza y población nativa mestiza, pero también entre diferentes grupos indígenas, entre ellos los nahuas y mixtecos. En esta relación entre nativos e inmigrantes no se ha

presentado una segregación social, ya que han compartido los mismos espacios comerciales, religiosos y de ocio. La convivencia ha sido tranquila, pero tensa en ciertos momentos, aunque nunca se han presentado conflictos abiertos ni enfrentamientos en los que los inmigrantes reclamen o discutan la manera en que son tratados tanto en la vida cotidiana como en el mercado laboral.

Por tal motivo se considera que esto ha sido resultado de su situación de vulnerabilidad, resumida en lo que Pedreño (2011) ha llamado “condición inmigrante”, que es la intersección –para nuestro caso– de su adscripción étnica, estatus migratorio y condición de dominación cultural que determinará las oportunidades y limitaciones, así como su relación con los nativos. En otras palabras, la condición inmigrante es la suma de las vulnerabilidades, la cual ha derivado en su actitud de aceptación de su situación subordinada. Esto es reforzado por el hecho de que vivir en la zona de Tenex-tepango ha implicado, desde su punto de vista, mejoras en sus condiciones de vida respecto a sus lugares de origen; por ejemplo, hay quienes en su pueblo no tenían casa ni acceso a terrenos para siembra, mientras que en Morelos sí han contado con esa oportunidad, lo cual es percibido por ellos mismos como un avance. Por eso, el “contraste específico de experiencias” (Seefoó, 2005) de su situación en el lugar de trabajo y en los lugares de origen ha permitido su aceptación a diferentes situaciones de explotación.

Bibliografía

Anaya, L., “Reconstrucción y modernidad. Los límites de la transformación social en el Morelos posrevolucionario”, en M. A. Crespo y L. Anaya (coords.), *Política y sociedad en el Morelos posrevolucionario y contemporáneo*, Cuernavaca, Congreso del Estado de Morelos, 2010.

Astorga, E., “Tendencias y procesos en el área oriente de Morelos”, en *Revista del México Agrario*, vol. XI, núm. 2, 1978.

Coubés, M. L., L. Velasco y C. Zolniski, “Asentamiento residencial y movilidad en el valle de San Quintín. Reflexión metodológica sobre una investigación interdisciplinaria”, en L. Rivera y F. Lozano (coords.), *Encuentros disciplinarios y debates metodológicos. La práctica de la investigación sobre migraciones y movildades*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2009.

Lara, S. M. et al., “Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa”,

en A. Pedreño (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014.

Martínez, J., “Redes sociales, intermediarios y el mercado de trabajo rural. Estudio de caso, región centro-sur del estado de Morelos”, tesis de maestría en estudios regionales, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005.

Migrar o morir. El dilema de los jornaleros agrícolas de la Montaña de Guerrero, Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, s.f.

Palerm, J. V., “De colonias a comunidades: la evolución de los asentamientos mexicanos en la California rural”, en S. M. Lara (coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, 2010.

Pedreño, A., “La condición inmigrante del trabajo en las agriculturas globalizadas”, en S. M. Lara (coord.), *Los “encadenamientos migratorios” en espacios de agricultura intensiva*, México, Colegio Mexiquense/Miguel Ángel Porrúa (Desarrollo y migración), 2011.

Rubio, B., *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, México, Plaza y Valdés, 2001.

Saldaña, A., “La constitución de la zona de Tenex-tepango como centro de contratación de mano de obra de alta movilidad para las cosechas de hortalizas en las regiones centro y noroeste del país”, tesis de doctorado en ciencias agropecuarias y desarrollo rural, Cuernavaca, Facultad de Ciencias Agropecuarias y Desarrollo Rural-UAEM, 2014.

Sánchez, K., “Mercado de trabajo rural, migración indígena y relaciones interétnicas”, en *Investigaciones Sociales. Revista del Instituto de Investigaciones Histórico Sociales*, año VII, núm. 11, 2003.

_____, *Los capitanes de Tenex-tepango. Un estudio sobre intermediación cultural*, México, Facultad de Humanidades-UAEM/Miguel Ángel Porrúa, 2003.

_____, “Prácticas y estrategias identitarias de los Me’phaa en Morelos”, en L. González y P. Moctezuma (coords.), *Estudios de comunidad e identidad en espacios multiculturales. La mirada de los antropólogos*, Cuernavaca, Juan Pablos/UAEM (Ediciones Mínimas), 2014.

Seefoó, José Luis, *La calidad es nuestra, la intoxicación... ¡De usted! Atribución de la responsabilidad en las intoxicaciones por plaguicidas agrícola*, México, ColMich, 2005.

Síntesis metodológica y conceptual del Censo de Población y Vivienda 2010, México, INEGI, 2010.

Warman, Arturo, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional* (2ª ed.), México, Publicaciones de la Casa Chata, 1978.

Zloniski, C., “De campamentos a colonias: horticultura de exportación y asentamiento en el valle de San Quintín, Baja California”, ponencia presentada en el VIII Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, Puebla, 2011.